La Muñeca de Kokoschka

Colección Rayos Globulares

(**16**)

Con el apoyo del Programa Creative Europe de la Unión Europea.

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

Primera edición: enero 2015

Título original: *A boneca de Kokoschka*
© 2010 Afonso Cruz and Quetzal Editores
First published in Portugal by Quetzal Editores, 2010.
The author is represented by Bookoffice
(http://bookoffice.booktailors.com/)
© de la traducción del portugués, Teresa Matarranz
© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2015
© de la fotografía de Afonso Cruz
© de la fotografía de Teresa Matarranz

Diseño de la cubierta: Noemí Giner
Producción editorial: Marina Del Valle Blanco, Dídac Gurguí
Ilustración de la cubierta: Elisa Ancori

Publicado por Rayo Verde Editorial S.L.
Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª
08015 Barcelona
rayoverde@rayoverde.es
www.rayoverdeeditorial.com

RayoVerdeEditorial

@Rayo_Verde

Impresión: Estugraf
Depósito legal: B - 160-2015
ISBN: 978-84-15539-90-2

BIC: FA

Impreso en España - *Printed in Spain*

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

La Muñeca de Kokoschka

Afonso Cruz

Traducción de Teresa Matarranz

Rayo verde
editorial

Lo cierto es que la muñeca fue
construida y, según creo,
se convirtió en una desilusión.
Kokoschka acabó matándola.
Pero me estoy adelantando.
Durante un tiempo la hizo
vivir. Una persona no existe
sólo por tener un cuerpo.
Necesita tener vida social.
Necesita la palabra, el alma.
Necesitamos testigos,
necesitamos a los otros.
Por eso, Kokoschka mandó
que la criada hiciera circular
rumores sobre la muñeca.
Historias: como si existiera,
como si tuviera una existencia
semejante a la nuestra.

Existen enfermedades infames, capaces de convertir nuestro cuerpo en una jaula para el alma. El párkinson plus es una de las formas más perversas en que el universo muestra su crueldad medieval.
O como dijo Lao Tsé,
«El universo nos trata como a perros de paja».

Este libro está dedicado a mi madre.

Primera parte

La voz que viene de la tierra

A los cuarenta y dos años, más concretamente, dos días después de su cumpleaños, Bonifaz Vogel empezó a oír una voz. Al principio pensó que eran los ratones. Después, pensó en llamar a alguien para acabar con la carcoma. Algo se lo impidió. Quizás fue el modo en el que la voz se lo ordenó, con la autoridad de las voces que nos habitan en lo más hondo. Sabía que aquello pasaba dentro de su cabeza, pero tenía la sensación de que las palabras venían del entarimado, a través de los pies. Venían de las profundidades y llenaban la tienda de pájaros. Bonifaz Vogel llevaba siempre sandalias, incluso en invierno, y sentía las palabras que se deslizaban por las uñas amarillentas y los dedos encogidos por el esfuerzo de sentir frases enteras golpeando contra la planta de los pies, que trepaban por las piernas blancas y huesudas y quedaban retenidas en la cabeza gracias al sombrero. Intentó quitárselo varias veces, durante unos segundos, pero se sentía desnudo.

El cabello de Bonifaz Vogel, muy suave, estaba siempre peinado, muy blanco, ceñido por un sombrero de fieltro (que alternaba con otro sombrero más fresco, para usar en verano).

Pasaba los días sentado en una silla de rejilla que un tío le había traído de Italia.

El *Duce* se ha sentado en ella, le había dicho su tío.

El día que recibió la silla, como regalo de cumpleaños, Bonifaz Vogel se sentó en ella y le gustó, la encontró cómoda, era una buena pieza de mobiliario, con patas fuertes. La cogió, la alzó por encima de la cabeza y la llevó a la tienda de pájaros. Un papagayo cantó a su paso y Vogel le sonrió. Puso la silla junto a los canarios y se sentó bajo los trinos, dejando que le llenaran la cabeza de espacios vacíos. Cuando los pájaros cantaban con más intensidad, Bonifaz Vogel se quedaba quieto por miedo de, en caso de levantarse, chocar con la cabeza en los trinos más bellos.

Dejó la cabeza del amigo una eternidad atrás

Isaac Dresner estaba jugando con su mejor amigo, Pearlman, cuando apareció un soldado alemán, entre un córner y una pelota en el larguero. El soldado llevaba un arma en la mano y le pegó un tiro a la cabeza de Pearlman. El muchacho cayó con la cara sobre la bota del pie derecho de Isaac Dresner y, durante unos segundos, el soldado lo miró. El hombre estaba nervioso y sudaba. Llevaba un uniforme impecablemente limpio, de un color muy cercano a la muerte, con insignias negras, doradas, blancas y rojas. El cuello rectilíneo, de un blanco amarillento, mostraba dos arterias azules, perfectamente nazis, que brillaban con el sudor. El color de los ojos no era visible porque el soldado los tenía semicerrados. El tronco sólido se movía arriba y abajo con la respiración agitada. El hombre apuntó el arma a Isaac Dresner y ésta, silenciosamente, no disparó. Estaba encasquillada. La cabeza de Pearlman rodó de la bota de Isaac al suelo, en un ángulo imposible, abstracto, haciendo un ruido extraño al golpear el pavimento. Un sonido casi inaudible, de ésos ensordecedores.

En los oídos de Isaac Dresner sucedía lo siguiente:

1 -Respiración del soldado.

2 -El sonido del Mauser no disparando.

3 -El sonido casi inaudible de la cabeza de su mejor amigo, Pearlman, resbalando de su bota derecha y golpeando en el suelo.

Isaac echó a correr calle abajo, con sus piernas finas, dejando atrás (una eternidad atrás) la cabeza del amigo. El soldado volvió a apuntar el arma y a disparar. No acertó a Isaac, que corría con sus botas encharcadas en sangre y memorias muertas. Tres tiros silbaron justo junto al alma de Isaac Dresner, pero golpearon en las paredes del gueto.

La cabeza de Pearlman, a pesar de haber quedado una enorme eternidad atrás, quedó presa para siempre al pie derecho de Isaac, a través de la cadena de hierro que une una persona a otra. Ése era el motivo por el que cojeaba levemente y lo haría durante el resto de su vida. Cincuenta años después, Isaac Dresner aún arrastraría con el pie derecho el peso de esta cabeza lejana.

Isaac siguió corriendo, desviándose del destino que silbaba a su lado

Isaac Dresner siguió corriendo, desviándose del destino que silbaba a su lado. Dobló varias esquinas, dejando atrás al soldado, y entró en la tienda de pájaros de Bonifaz Vogel. Su padre, unos años antes, había construido un sótano en la tienda. Isaac lo había acompañado y había visto crecer aquel espacio oscuro debajo de la tierra. Advirtió entonces que:

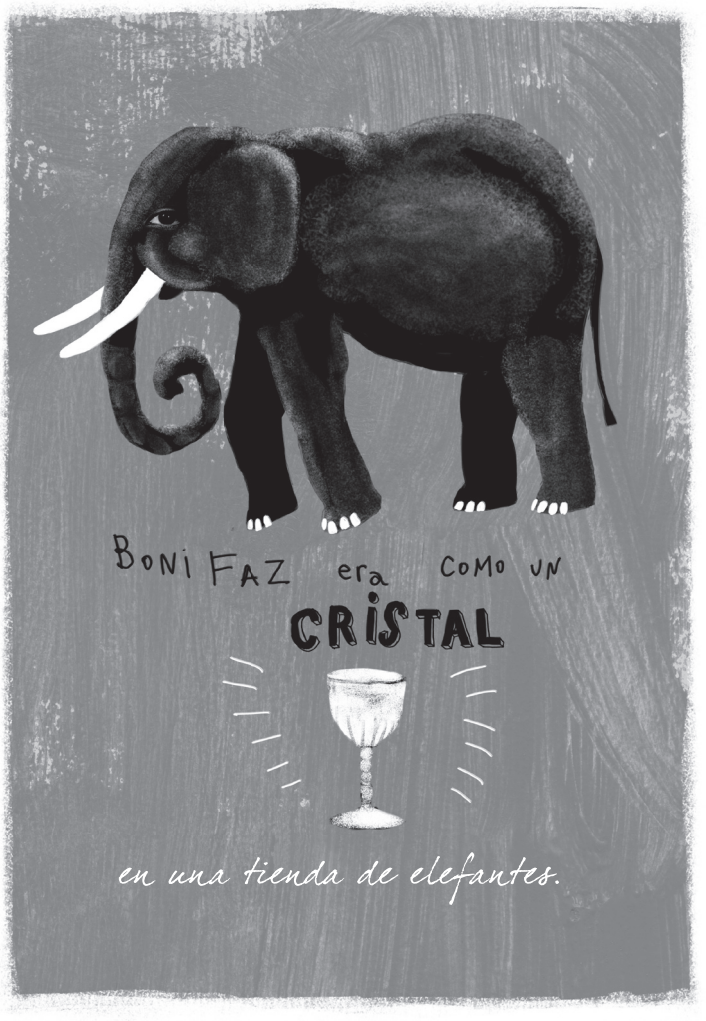
La construcción de los edificios no se limita a ladrillos apilados y piedras y tejados, también son espacios vacíos, la nada que crece dentro de las cosas como estómagos.

Jadeante, Isaac abrió la trampilla —sin que se percatara Bonifaz Vogel— y entró como el agua en un colador. Allí permaneció dos días, saliendo sólo por la noche para beber agua del bebedero de los pájaros (no había visto el grifo, a pesar de ser evidente) y comer alpiste. Al tercer día no aguantaba más:

—Deme de comer, señor Vogel, y traiga un orinal.

Bonifaz Vogel, sentado en su silla de rejilla, afinó el oído. Oía voces. Fue en ese momento cuando empezó a oír voces. El sonido le subía por entre sus piernas y pantalones y le llegaba a los oídos como el timbre de un niño, como un gato cuando

lo llamamos, siseando. Isaac Dresner repitió la petición —la segunda vez era casi una orden— y Vogel se levantó para ir a buscar comida. Isaac le mandó dejar la bandeja junto al mostrador. Se puso contento cuando, por la noche, vio un plato de gachas de avena y unos caramelos. También había un orinal.



Bonifaz Vogel en medio de la guerra, sentado en una silla de rejilla, era como un cristal en una tienda de elefantes

El pequeño —invisible— judío pasó a vivir en aquel sótano oscuro, bajo el entarimado, y pasó a ser apenas una voz. Bonifaz Vogel vivía con las palabras que le decía a través del suelo de su tienda de pájaros.

Le decía: señor Vogel, deje caramelos en el suelo, junto al mostrador, debajo del estante del alpiste. Y él así lo hacía. Se agachaba y, con cuidado, depositaba unos caramelos encima del papel de envolver en el lugar indicado y dejaba el orinal debidamente lavado. Rezaba una oración, que era sólo un cuchicheo, sin palabras, con la intimidad de las oraciones. Después se santiguaba y permanecía unos segundos solemnes mirando los caramelos.

Un día tomó la iniciativa de añadir unos huesos de sepia, de los que les daba a los pájaros, pero a la voz no le gustaron.